

Costa Rica Ilustrada

REVISTA QUINCENAL DE CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

REDACTOR,

Leonidas Pacheco.

EDITORES PROPIETARIOS,

Próspero Calderón—José Antonio Soto.

PRECIO DE SUSCRICION:

En Costa Rica..... \$ 0-80 trimestre adelantado.
En el extranjero..... 1-00
Número suelto..... 0-15
Números atrasados... 0-25

{ Año I. Núm. 11. }
{ San José, 22 de noviembre de 1887. }

DIRECCION Y ADMINISTRACION,

Calle del Cuño, número 5, Oeste.

APARTADO NUMERO 93.

Sumario.—*La oración*, por Miguel Tapia.—*Despedida*, por Justo A. Facio.—*Mi familia*, por Simplicio Cucufate.—*Un día á la inglesa*, por Pascual.—*Nocturno*, por X.—*La posa de la Sirena*, por Sirio.—*Luz y sombra*, por Daniel Hueso y Paredes.—*Lady Byron*, por Littlefellow.—*El Músico nocturno*, por Ramiro.—*Su última carta*, por Juan de Dios Peza.—*Crónica*, por Mr. Renard.

Grabados.—Pietro Ferranti.—Emilia Benic.



PIETRO FERRANTI, ARTISTA BUFO.

LA ORACION.

El hombre tiende á lo infinito. ¡Ay de aquellos cuya frente hace gravitar desolador materialismo hacia la tierra,—ó que entre las nieblas de la duda no verá sonriente un cielo alzarse en los confines de la vida!

Si llevamos por el mundo fatigados nuestra carga de penalidad, al levantar el pensamiento á Dios nos sentimos descansar, y la esperanza, como celestial maná, repara nuestras fuerzas. La oración es un deber de gratitud, es un consuelo. Cuando vemos al católico idólatra de rodillas ante una imagen, despreciando el mandamiento de aquel que dijo: Sólo á Dios adorarás y á Él sólo servirás,—nos parece más dichoso que el arrogante descreído, sin otra luz que su razón opaca, sin más fortaleza que la fiebre de la soberbia en un corazón desesperado.

Orar es comunicarse con Dios; es abrir el pensamiento aterido por dolorosa realidad á los rayos de un sol vivificante; es manifestar al Creador la resignación de la criatura á cumplir su voluntad. La oración es una mirada á lo infinito; y por eso rechazamos al sacerdote que nos lo oculta, interponiéndose entre Dios y nosotros, para vendernos ceremonias y palabras, como si ese Dios que ve nuestra conciencia y conoce nuestras necesidades, desoyera en sus misericordias la plegaria humilde de los corazones sencillos.

Jesús, á quien repugnaba el tráfico odioso que se hacía en el templo, quiso enseñarnos á orar, no como los fariseos que iban á ostentar devoción en la Sinagoga—sino encerrados en la soledad y el silencio de nuestra casa, y allí, sin mundanal perturbación, alzando el pensamiento á Dios para decirle: Padre nuestro que estás en los cielos.....

Nosotros los que admiramos en el cristianismo un sistema moral purísimo, debemos considerar atentamente la manera con que el Cristo y los apóstoles implantaron la ley de gracia. El Evangelio debe estar abierto para todo el mundo. Los que se oponen á que lo lea el pueblo, y se contentan con interpretárselo desde cualquier tribuna, no obedecen las prescripciones del Maestro. El verbo era la verdad, y la verdad es clara y alumbrá á todo hombre de rectas intenciones.

Cuando San Juan, ya muy anciano, predicaba en Efeso, se contentaba con exclamar: Amad á Dios, amaos los unos á los otros, porque tal es el precepto y basta cumplirlo.

Entonces la piedad consistía en practicar el deber. Las ceremonias, las exterioridades son despojos del paganismo que sólo han servido para desfigurar la moral santa del Cristo.

Oremos, pues, para que venga el reinado de Dios sobre la tierra. El que alimenta las aves del cielo y viste los lirios de los campos no puede desoir á la criatura consciente que lo invoca.

Piadoso nos parece Víctor Hugo cuando en el templo inmenso de la naturaleza adora al Dios que, cual hostia santa, eleva la luna en el Oriente.

Pero también era religioso Pope cuando levantaba su espíritu al Ser infinito para decirle: "Padre del universo, tú á quien todos los pueblos adoran con los grandes nombres de Jehová, Júpiter y Señor: Suprema y primera causa que ocultas tu primera esencia á mis ojos, y sólo me das á conocer mi ignorancia y tu bondad, concédeme en este estado de ceguedad la gracia de discernir el bien del mal, y de dejar á la libertad humana sus derechos, sin atentar á tus santos decretos; enséñame á temer más que al infierno lo que mi conciencia me prohíbe y á preferir al mismo cielo lo que ella me manda."

Si aquí no hay más que las mudas tinieblas del misterio: si el verbo del evangelista de Patmos no es la palabra de verdad que buscaba mi espíritu, iré á la mezquita, á la sinagoga, á la pagoda, y buscaré en las grandiosas regiones del oriente un fulgor que guíe mis vacilantes pasos en la noche pavorosa de la duda. Pero á través de la trinidad del brahmanismo, de la propaganda y pasión de Chak-yamuni, de los dogmas del Zend—Avesta, de la Biblia y del Corán sólo encontré el mismo dios—espanto de todas las religiones, hecho á imagen y semejanza de los sacerdotes para explotar la obediencia, la credulidad y la ignorancia de los pueblos engañados. Y, desalentado por tan crueles decepciones, llegué á creer que, mísero y desvalido, era mi destino vagar en noche eterna de sombras, sin que amaneciera jamás para mis ojos una leda alborada de consuelo: y juzgando como Rousseau, que el hombre que piensa es un animal depravado, maldije la ciencia y ambicioné la tranquilidad sensual del ignorante; y hundiéndome inconsciente en la vida de la materia sólo anhelé que la muerte apagara de una vez mi pensamiento en la sombra silenciosa del no sér.....

¡Cuántos desvaríos, y qué horribles des-

engaños para esconder en tenebrosas lucubraciones la sencillez de la verdad! ¿Qué necesidad tiene el hombre de buscar, como Prometeo, el fuego de la vida en el olimpo del misterio, si bástale poner la mano sobre su corazón para sentirla palpitante y ardorosa, y doquiera que tienda sus miradas la encuentra en múltiples vistosas formas, expresando con elocuencia incontrastable la existencia de una causa omnipotente y bienhechora? Si necesitamos referir á un principio la verdad que alcanza nuestra inteligencia, la belleza y el bien que siente y adora el corazón, ¿por qué no hemos de llamar Dios, á ese Ser Supremo en cuyas oleadas de luz se baña el pensamiento, á ese fuego fecundante que anima la naturaleza, á esa atracción que une con amor infinito los astros en el espacio, los corazones en el sentimiento, y los espíritus en el cielo esplendoroso de la idea?

Si: Dios es la plenitud del sér, es lo infinitamente bueno, verdadero y bello que se manifiesta en la sublimidad de la naturaleza, en la ciencia de los sabios, en las creaciones del artista, en la práctica de la virtud con que el hombre honrado ofrece á su creador el único culto digno de una criatura agradecida y racional. Dios es el centro luminoso de donde se irradia toda verdad, toda belleza:—es la justicia inexorable que, desde su etéreo trono manda á los remordimientos que marquen la frente del malvado con el estigma de Caín, y viertan gota á gota sobre su pecho, que sólo respira ferocidad y torpezas, el virus helado y ponzoñoso de la muerte.

Dios es la Providencia que hace brillar en nuestra pavorosa noche de dadas é infortunios la vívida luz de la esperanza y de la fe; prometiendo á los desheredados, á los tristes y desvalidos que, arrastrándose sobre un sendero de espinas buscan como único consuelo las puertas del sepulcro, prometiendoles, sí, que más allá de esta vida de pruebas, martirio é inquietudes hay una mansión de luz, serena y deliciosa, en donde el infeliz que llevó por el mundo, sin desesperarse, un pesada carga de miserias, va á descansar para siempre en el seno amoroso del Eterno. ¡Crear y esperar! dulces palabras que caen sobre el desolado corazón como el rocío fecundante de los cielos! Vosotros los que satisfechos con la vida irracional de los sentidos, reclináis la frente ceñida de rosas y adormideras en el blanco regazo de la diosa del deleite, bien podéis negar lo infinito á que no alcanza vuestra creencia de goces y

de números; pero no trateis, egoistas despiadados, de arrancar al desgraciado una creencia que lo alimenta en su camino de escombros y de horrores. La existencia de Dios es una necesidad para el pobre, el débil, el huérfano, el oprimido; es la única esperanza del peregrino solitario que ocupa los desiertos de la vida sin encontrar un oasis que no guarde bajo su follaje verde y sus balsámicas flores, un áspid de traidor veneno; que tenga una fuente de murmullo flébil para adormecer sus males y apagar su sed, y bajo cuyas palmeras pueda aspirar el perfumado aliento de las auras y reparar sus agotadas fuerzas con el sagrado néctar de la misericordia y la justicia.

Pensad lo que queráis, interesados apóstoles de la superstición, de la impiedad y de la duda; el poder de la Providencia es tan grande que no teme los embates del sofisma; su misericordia es tan inmensa que acoje bajo sus protectoras alas lo mismo al sacerdote que la profana, que al burlón y descreído materialista que la niega.

Nosotros creemos, porque la fe tan necesaria para las almas sensibles es un tributo de gratitud que redimimos al Supremo Ser de los seres, cuando baña nuestros ojos la luz opalina de los cielos, y coloran nuestra imaginación los cambiantes matices de las mariposas y flores de los trópicos; y escuchamos la nota del turpial y del jilguero, y gustamos el elixir de la vida en el cáliz que nos brinda sonriendo la mujer, ese ángel de luz y de consuelo que vino al mundo para regar de aromas nuestro camino, y llorar sobre nuestros infortunios, y vendar con sus blandas manos las envenenadas heridas de nuestro corazón desesperado.

La creencia en un Ser Supremo que nos hará justicia allende el sepulcro, tal es nuestro dogma; nuestro solo culto, la práctica del deber, según las facultades con que nos dotara la Providencia para llenar nuestra misión sobre la tierra.

Fuertes en la convicción que damos han podido serias y muy detenidas reflexiones, queremos profesar nuestra fe religiosa ante el Dios de la naturaleza que acoje la humilde oración de los corazones sencillos, y ante los hombres de ánimo imparcial y tolerante, que no se dejan fascinar por las despiadadas exigencias de extemporáneo fanatismo.

No hay miedo de violencias ni de persecuciones, que si al fin se ha oído el doliente grito de libertad que exhalaban los már

tires desde el fondo oscuro de las catacumbas—si diez y ocho siglos de lágrimas y sangre han bastado para apagar la cólera de los Dominicanos, San Cirilo, Inocencio III, San Vicente Ferrer y Torquemada—si ha llegado el día en que la civilización redima al hombre, permitiéndole postrarse de rodillas ante el Dios que ilumina su conciencia;—el triunfo es ya definitivamente nuestro, y podemos erguirnos sobre las humeantes pavesas de las preocupaciones,—seguros de que los rayos de la superstición son hoy tan impotentes para herirnos, como lo es el viento helado del excepticismo para apagar la vívida lumbre de nuestra religión imperecedera.

MIGUEL TAPIA.

DESPEDIDA.

(A DELIA.)

Hiere la lumbre mis ojos:
la Musa, con casto beso,
me ha despertado temblando
de mi letárgico sueño!
Triste parece que roza
con su purísimo aliento
mis sienas adormecidas
por encantados recuerdos,
por ilusiones doradas,
por dulces presentimientos!
Al sacudir el marasmo
de mis confusos ensueños
tropel de implacables dudas
brotar en el alma sientio.
Ay! camina tan pausado
de la triste ausencia el tiempo,
que quién sabe si en la ausencia
á tu memoria no vuelvo.
En cambio, el recuerdo tuyo,
Como un ángel dulce y bueno,
será de mi oscuro viaje
solicito compañero.
Yo voy errabundo y solo
á confundir allá lejos
con el clamor de los mares
el clamor de mis acentos:
cuando tienda la mirada
sobre el azul elemento
hasta hallar del horizonte
el celaje oscuro y denso,
como ancha cinta que borda
el vasto confin del cielo;
cuando con ritmo apacible
huya de mis labios trémulos
tenue suspiro que escapa
como la voz de un secreto,

sobre el cristal de las ondas
veré tu rostro risueño,
y en alas de mis suspiros
te enviaré dulce recuerdo!

II.

En mis cantos fugitivos
tu grato nombre yo elevo
entre murmullo apacible
de halagos y pensamientos;
pero las auras serenas
se llevan con fácil vuelo
á las remotas montañas
de tu nombre el débil eco.
En las marinas riberas
sus alas sacude el viento
y de sus silbos sonantes
el ámbito deja lleno.
Allí tu nombre armonioso,
oh Delia, en no usado metro
á cada nota del canto
el eco va repitiendo;
pero como es tan humilde
aunque entusiasta mi verso,
al mar pediré sus voces,
sus grandes alas al viento,
y á la rauda fantasía
su audaz y pujante vuelo
para llenar con tu nombre
el anchuroso universo;
pues quiero que al olvidarse
por tosco y rudo mi acento
de mi amada el nombre deje
eco sonoro en el tiempo.

III.

Yo te mandaré de allende
en mis suspiros envuelto
el efluvio misterioso
de mis fragantes recuerdos;
pero deja que en la ausencia
de mis amores el genio
roce con sus puras alas
tu tranquilo pensamiento:
cuando entregada reposas
á mil hermosos ensueños
con suavidad no sentida
él pone en tu frente un beso.
Yo le digo que amoroso
te repita en el silencio
el nombre pobre y oscuro
de quien te idolatra tierno;
que si allá compadecida
me consagras un recuerdo
te repita que en la ausencia
en mi memoria te llevo.

San José, 19 de junio de 1877.

JUSTO A. FACIO.

MI FAMILIA.

III.

MI PRIMO EL LICENCIADO CASCAJAL.

El señor don Rufio Cascajal por su padre, y Lodazales por la madre, tan conocido en esta ciudad por su grande habilidad en el violín y el acordeón, recibió el título de Licenciado en leyes después de cuatro años de pasantía con Benedictis, Sacripanti y Vigne, tres dignos y honrados hoteleros, cuyos billares tienen fama merecida.

Con bufete abierto y la conciencia cerrada, comenzó á hacer su clientela don Rufio contratando seis nonecos cuya consigna era: estar parados ó sentados en su bufete, y hacer alboroto contando en altas voces los nunca obtenidos triunfos jurídicos del patrón. Los pasantes que no sabían que aquel grupo de gritones no se renovaba, y era compuesto siempre de los mismos vagabundos, fueron tragando el anzuelo poco á poco.

Hoy es Cascajal y Lodazales un abogadoque no aboga; un jurisconsulto que no consulta; un jurisperito muy perito en el acordeón y el violín.

Por lo que hace á honorarios, como él necesita dobles para pagar sus seis campeones, suele excederse hasta exigirlos triples y cuádruples; pero eso lo hace con tal dulzura y amabilidad, que todos le pagan lo que pide. Hay abogados que se enojan de tal manera cuando no se les paga, que levantan la voz, amenazan, y aun demandan en juicio sus honorarios, mientras que mi primo, á la primera negativa ó tardanza en satisfacer sus justas pretensiones, con semblante risueño y modales elegantes embarga preventivamente los muebles, el reloj ó el caballo de su deudor, de modo que la primer noticia que el cliente tiene, es el depósito de sus muebles &, en terceras manos; todo esto sin escándalos ni voces.

Cuando la paz y la concordia de una provincia es tal, que los pleitos escasean demasiado, Cascajal forma ó hace nacer un pleito donde no lo había.

Su táctica le ha dado resultados asombrosos y consiste primero: en todo asunto que se le consulta, asegura al pobre cliente que su negocio es fatal, perdido, desesperado. Varias leyes condenan á su cliente; pero para eso son los grandes abogados; Cascajal hará prodigios en el foro; empleará su alta influencia y sus grandes relaciones para obtener el triunfo. Así atemorizado el litigante, no niega ni dinero ni pasos á un general que va á batirse en una lucha desigual, contra el que tiene mayor derecho que él.

De ese modo, si el pleito se pierde, ya estaba previsto el caso por don Rufio. Si se gana, ha sido contra lo regular y á fuerza de saber, de poder y, sobre todo, de mucho querer, de parte de su abogado.

Segunda regla: Cuando el que defiende mi primo, asiste á los alegatos de palabra ante los tribunales, todo el busilis está en hablar mucho y largo, sea bien ó mal, y encararse al abogado contrario, haciéndole una docena de injurias bien sonantes y repetidas, teniendo cuidado de hablar siempre más alto y hueco que el otro, y de apoyar su reclamo con algunos latinajos, aunque él, ni nadie, los entienda; cada cuarto de hora, pedir al portero un vaso de agua.

Tercera regla: El Licenciado Rufio aparenta tener mucha intimidación con los Jueces, Magistrados y gentes de alto bordo. De vez en cuando, quiera que no quiera, da un abrazo al presidente de una de las Salas, y se exhibe así por las galerías del Palacio de Justicia, afectando una familiaridad que ofende al que es objeto de ella; pero que le importa poco á don Rufio, con tal de ser visto por las gentes.

Cuarta superchería. Cascajal y Lodazales vive.....nadie sabe donde; mas él pretende y repite cada y cuando tiene oyentes, que.....anoche no pudo asistir á tal cita, porque no se lo permitió una larga visita que le hizo el Presidente de la República: tal rebeldía se la acusaron porque comieron con él el Ministro de Hacienda y el Gobernador y se retiraron muy tarde. La deserción en que incurrió en el negocio de Ticio, la motivó una invitación del señor Obispo, á almorzar; y no alegó en el asunto de Sirio, porque estaba corrigiendo un proyecto de ley que le consultó el Gobierno &, &, &.

En sus ratos de ocio (que son frecuentes) el primo Rufio relata sus largos viajes por Europa, en donde le han ocurrido todas las aventuras que él ha oído ó leído contar de otros.

Como esos dilatados é instructivos viajes, á que él se refiere, pueden describirse en seis líneas, regalaré al lector con su historia.

Cascajal creía su educación incompleta mientras no abriera en persona el gran libro del mundo, viajando por la vieja Europa. Un día, pues, amaneció caballero en un macho de Maximino, y le anocheció aprisionado en una tizereta ó cama de *Cepa* en Carrillo, sin otros accidentes que dos embrocadas del referido cuadrúpedo, y tres embrocaciones del referido bípedo el Licenciado en leyes &, &.

Al siguiente día lo empaquetaron en Limón en un camarote del vapor *Moselle*, de la Mala Real, y veinte días después desembarcaba en Cherburgo un esqueleto viviente y en completa salud, pero que el mareo había despojado de todas sus partes líquidas y grasosas.

Un cochero lo entregó en el hotel de Richmond, rue du Helder, en Paris; quien lo devolvió ocho días más tarde á sus amigos, gordo y bien dispuesto.

El primer día que don Rufio salió á recorrer los boulevares y calles de la gran ciudad, comenzó por saludar con el sombrero á las primeras cien personas elegantemente vestidas que encontró; pero como nadie le devolvió sus cortesías, las economizó, y dió rienda suelta á su

curiosidad. Abierta la boca y cerrada la bolsa recorrió unas dos mil varas de frente no atreviéndose á pararse delante de las tiendas para que no se fijaran en él. Lo que más llamó su juriconsulta atención, eran los rótulos brillantes dorados ó vidriados y un almacén de instrumentos de música en donde, magüer su cordedad, entró y preguntó el precio de los acordeones y violines.

Quince días pasó mi primo en este ejercicio, sin asistir ni aun al teatro, porque á las siete de la tarde caía como muerto en su cama.

Por fin, y creyéndose suficientemente al cabo de la civilización moderna, y bastante conocedor de las costumbres y usanzas de los pueblos cultos, determinó comprar una butaca de orquesta en la grande ópera francesa. Jamás ha podido recordar lo que allí vió y oyó; pero está seguro de haber visto bailar miles de bailarinas.

Ya listo para la vuelta á América pasó á un almacén de libros de ocasión y compró un lote de trescientos volúmenes por cien francos. Toda esa biblioteca era exclusivamente compuesta de obras escritas por viajeros ó sobre viajes.

Tres meses eternos, mortales, empleó don Rufio en sus largos viajes, de modo que á los 90 días de su salida de San José, reposaba en su bufete cubierto de honrosas cicatrices (los mosquitos del camino), de las felicitaciones de sus clientes y del respeto universal y de otras partes.

Continuará.

SIMPLICIO CUCUFATE.

UN DIA A LA INGLESA.

[A MANUEL GONZALEZ.]

Yo no sé por qué Dios ha dispuesto que uno tenga sus días de mal humor y de aburrimiento, en los cuales, mal que les pese á los moralistas, da al diablo sus ocupaciones, amistades, parentela, etc., y va á matar el tiempo en cualquier parte, con tal que sea en el bullicio, salvo raras excepciones en que busca la soledad. A menudo sucede que uno se levante de la cama con humor de inglés quebrado y abra los ojos para verlo todo color de sangre.—Entonces el canto del jilguero, del canario, del moztolillo, no sirven más que para hacer rabiñar: las flores todas parecen de muerto, y hasta la mujer que amamos tiene sus tintes de suegra: los hombres todos parecen demonios y las mujeres, sus hermanas. Según tengo entendido este es el *spleen* de los ingleses, cuya palabra castellana no digo por evitar un anglicismo.

Pues bien, yo, para servir á UU., hecho

por desgracia del mismo barro que los otros hombres, tuve ya mi día aciago, mi día á la inglesa y tanto, que apenas hube dejado mi cama y reconocido mi estado, creí de buena fe ser nacido á orillas del Tánesis y huyendo del melodioso canto de las aves, corrí en busca de un paisano para echar con él un parrafito en nuestro patrio idioma: lo encontré,.....pero ¡terrible casualidad! en el mismo estado que yo: le hablé y.....poco me faltó para ir á visitar las estrellas, tal fué el bofetón que recibí, por el gran delito de haberle hablado en un idioma que yo creí era el inglés y él creyó ser el chino.—Maldito inglés!!

Digo, pues, que salido con vida de manos del buen inglés mi paisano, hice una cosa extrañísima en mi estado y fué la de discurrir de qué manera haría saltar sin riesgo de mis costillas, ese abismo que en figura de día á la inglesa, el hado había puesto en el camino de mi vida.

Esta discusión fué lucidísima; hubo serios debates en que alternaron en el uso elegante de la pabra, la Razón y el Spleen, el qué dirán y el Yo digo. En definitiva, la luz que salió de esta discusión, de este choque, fué para ver que lo mejor era no enseñar mi cara en la oficina ese día y enseñarla con todo y cuerpo adonde quiera que hubiese bulla, que hubiese pasatiempo, que hubiese holgazanería.

Salí de ese primer paso y llegó el peor, el busilis de la cuestión, cual era el de encontrar en un martes á las ocho de la mañana, un lugar con gente desocupada, adonde dejar perdido mi mal humor. Si hubiese sido un lunes, vaya, pues es bien sabido que no falta una media docena de artesanos que descansan lunes de las fatigas del domingo y lo pasan muy alegres.....y habría pedido un lugarcito en medio de ellos; pero un martes, ¡válgame Dios!, un martes, cuando todo el mundo trabaja y espera el próximo domingo para trabajar.....verdaderamente este me parecía el punto más delicado de la cuestión; pero ¡infeliz de mí!, me engañaba de medio á medio. Acostumbrado á no salir de mi oficina en los días de trabajo, no sabía que hay partes en que los domingos por ser parecidos á los domingos, están llenos de gente, que yo, ciertamente no me atrevería á decir que es vagabunda, pero que, con respeto y todo, digo que es desocupada.

A poco andar y sin que mis ojos se fijasen en los huecos de las aceras (no digo en los ladrillos porque éstos son excepción muy honrosa en los pisos de ellas) á poco andar, digo, acerté á pasar frente al establecimiento que antes se llamaba la Esperanza y que hoy, prescindiendo del sarcasmo, se titula Hotel de Italia. Sin reflexionar en lo que hacía, me metí en él, como Pedro por su casa y ¡hallazgo feliz! cuando yo pensaba encontrarlo más solo que la Academia de Derecho en sus noches de sesión, lo encontré más lleno de gente que mis bolsillos

de necesidad. Bendije mi buena estrella y venciendo la repugnancia que me causaba la vista de mis semejantes, efecto de mi estado, busqué compañero, el que no me fué difícil encontrar, pues que allí había de todo. Alrededor de una mesa estaban sentados hasta ocho individuos, fumando y con sendas copas á su frente, tan limpias y vacías, que demostraban á más no poder, el cuidado que se había puesto para vaciarlas.

—Mira, dijo uno, allá viene Pascual.

—Ola chico, respondió el otro, ven acá y cuéntanos algo de lo que pasa por el mundo, tú que tan dado eres á observarlo todo, y según dicen, á meterte en averiguaciones de la vida ajena, para contar después sus pecadillos.

—Alto ahí, dije yo un poco amoscado: todo puede ser verdad menos eso de meterme en averiguaciones de la vida ajena. Yo nada procuro averiguar; lo que ante mis ojos pasa, lo veo porque no puedo hacer otra cosa, y si merece risa, me río. Si á alguien no gusta este mi proceder, le diré que lo siento mucho, y en vez de modificar mi carácter, que procure modificar aquellas de sus costumbres que parecen nacidas para provocar la hilaridad.

—Hombre, dijo otro, este Pascual parece que ha amanecido hoy de mal humor; vean que lenguaje el suyo.

—No te engañas, le respondí, hoy soy un inglés con *spleen*; por lo tanto ten mucho cuidado en lo que hablas y en lo que haces, y siguiendo ahora mi consejo, debieras tomar del brazo á tus compañeros é ir á buscar alguna ocupacioncita con ellos, porque de no, soy capaz de reirme de UU. á pesar de mi mal humor.

—Que te rieras aquí nada importaría, que te rieras en "La Prensa" sería lo peor, pero tú no lo harás, porque tú eres nuestro amigo y no creo quisieras ridiculizarnos.

—No tengas cuidado, le respondí, no servirán UU. de tema á mis habladurías, aunque sobrado motivo habría para ello; sin embargo, cuando haga la relación de este famoso día á la inglesa, que de seguro hará época en los anales de mi vida, no puedo prescindir de sacar á UU. á colación, siquiera sea no más que por incidencia.

—Oh! eso importa poco, dijeron todos.—Viva Pascual! Que tome un trago.

Dicho y hecho, Pascual, el buen Pascual, el honrado Pascual, con todo y su bondad, honradez y mal humor, tomó su trago. Escándalo de escándalos!!

Mis ocho amigos de la mesita consabida, tomaron cada uno para su casa, temiendo ulteriores disposiciones. Pobrecitos!!!... habían ido á descansar. Conversé un poco más con varias otras personas que allí había.....descansando también, y por temor de perder mi opinión y buena fama, salí á la calle un poco mejorado de mi enfermedad y seguí mi camino admirándome á cada paso de encontrar tanta gente sin ocupación, cuando yo creí no encon-

trar ninguna. Por acá, en una tienda, había unos cuantos que ni compraban ni vendían, sino que quitaban tiempo á los dependientes: más allá en una vinatería, se veían hombres con parejas haciendo sabe Dios qué cosas, y así en muchas otras partes, hasta en las sastrerías y oficinas públicas. Yo estaba admiradísimo y á veces me daban tentaciones de creer que era día de San Bartolomé, día en que, según tradición antigua, anda el Diablo suelto. Tanta gente en los puntos que he nombrado, me admiró ciertamente, quizá por la poca costumbre de verla; pero debo confesar con franqueza, que mi admiración subió de punto cuando por casualidad me fijé en unas barberías y en la gente que allí se encontraba á las doce del día; y no sin motivos, porque era gente menuda, es decir jovencitos, que yo habría jurado de la mejor buena fe que á esas horas se encontraban en el Colegio.

Bendito sea Dios, pensé yo, lo que es el mundo, lo que es la civilización! Tanto que hay que aprender y tan pronto que aprenden estos jovencitos. No hay duda que el mágico Edison ha inventado algún aparato para enseñarles eléctricamente lo que necesitan saber.—Felices ellos que pueden comprarlo, mientras que nosotros los pobres tenemos que seguir la moda antigua: estudiar día y noche y nunca llegamos á saber alguna cosa.

Entre carreras y paradas, admiraciones y cólera, llegó la tarde y entonces sí que pude considerarme enteramente cuerdo, porque el poco *spleen* que me quedaba, desapareció en medio de las conversaciones entabladas con varios jóvenes de esos que acostumbra pararse en las esquinas á tomar el fresco. Llegó la noche y mejor que mejor, porque multitud de puertas, cerradas para mí hasta entonces, se abrieron de par en par y por todas partes, en todos los establecimientos públicos, encontré con quien departir amigablemente.

Ay!! qué cosa tan terrible es un día de spleen! y esto que el que á mí me dió no era de pura raza, sino falsificado, y la prueba de ello está en que aquel consabido buen inglés mi paisano, hizo lo que hizo conmigo. Hay que huir á todo trance de estos aciagos días, y si por desgracia llega uno á tenerlos, debe, aunque sea violentándose, buscar el retiro, porque de no hacerlo así, se ve uno obligado á saber muchas cosas, que más son para ignoradas.

Dios te libre, Manuel, de un día á la inglesa.

PASCUAL.
(Costarricense.)

NOCTURNO.

Oh melancólica luna,
tú lo sabes.....tú me viste
crisparme pálido y triste
al rigor de mi fortuna.

Qué buscaba aquella noche
bajo este mango copudo,
mientras que Silencio mudo
guiaba al cenit tu coche ?

Ni una rama se movía,
ni un eco erraba perdido:
aun recuerdo estremecido
que todo en calma yacía.

Y tú sabes que ELLA estaba
entre esa grama escondida,
cuando un indicio de vida
este paisaje no daba.

Amante desconsolado
salí á contarte mi duelo;
que siempre asiste consuelo
á las víctimas del hado.

Y estaba llorando yo,
cuando salió de repente
de entre la grama crujiente,
una vieja haciéndome ¡ oh !!

X.

LA POSA DE LA SIRENA.

PARTE 1ª

Cerca de la confluencia de los ríos Virilla y Tiribí existe un paraje delicioso. En ese valle, que indudablemente fué formado por el lento trabajo de la corriente del Virilla, existía hace algunos años una pintoresca casita de dos pisos. Pequeña, pero aseada á la holandesa, aquella morada parecía un nido que las ninfas del río hubieran fabricado para su descanso. Las celosías verdes y las paredes blancas de la casita, contrastaban agradablemente con el fondo sombrío que la selva le formaba. El valle entero tomó el nombre que primitivamente sólo se daba al brazo del río que pasaba frente á la habitación que hemos descrito: *posa de la Sirena*, primero; y después, *valle de la Sirena*. El origen de este nombre, dicen los labradores de las cercanías, proviene de una aparición que periódicamente conmovía á las gentes que por allí pasaban. Se asegura que todos los años, el 15 de agosto, día de la Asunción, á ciertas horas de la noche, sale de la posa una sirena, ó sea, una lindísima joven con los cabellos sueltos, con el medio cuerpo superior de mujer pero de la mujer que era Venus, y el otro medio cuerpo inferior con la forma de un pescado. Esta sirena inofensiva había sido vista por muchas personas.

Pero, volvamos á nuestra casita y ocupémonos de las gentes que la habitaban.

Hacia dos años próximamente, que una familia compuesta de tres personas, se había instalado en ella y sin otra compañía que la de una cocinera y un criado, se deslizaba tranquilamente la existencia de aquellos seres.

Arturo, el amo de la casa, joven de veintiocho años, se había casado, hacía cuatro con Amelia, que contaba diez y ocho años, y con más encantos físicos y virtudes que abril. Esta pareja fué agradecida por la Providencia con una niña, Julieta, tan lle-

na de gracia y belleza infantil, que bastaba ella sola para llenar todos y cada uno de los momentos de la existencia venturosa de ambos esposos.

En efecto, Amelia, amada de Arturo y adorando á la pequeña Julieta, era tan feliz cuanto es posible serlo de tejas abajo. No así Arturo, cuyas aspiraciones hacia lo desconocido le infligían un malestar que él mismo no se explicaba. Sin otros bienes que aquella casita con cuatro manzanas de tierra no medio cultivado y una renta de ciento cincuenta pesos mensuales que le producía el interés de la suma de quince mil pesos colocados con entera seguridad, sus ensueños de la adolescencia le habían acostumbrado á esperar una gran fortuna; organizado además, como la generalidad de los hombres de su casta y habituado á la idea de que él era destinado á sobreponerse y dominar á los demás hombres, no podía menos que resentirse de aquella quietud, de aquella dicha monótona é ignorada, y por lo mismo, no envidiada de sus semejantes.

Amelia sólo temía que aquella situación tuviera un término, y no se figuraba nada más venturoso que la prolongación indefinida de tan dichosa existencia. Arturo y Julieta eran su vida, su amor, su destino final. Amelia y Julieta eran para Arturo una compensación insuficiente de la falta de gloria, de poder y de bienes de fortuna. A su pesar demostraba con su tristeza y sus frecuentes distracciones, que en su corazón ó en su cerebro había un vacío que carcomía su cuerpo y oscurecía su alma.

Arturo, que no se daba exacta cuenta de su anormal humor, consultó al Doctor Weber, grande amigo suyo, quien sin comprender el mal le dió unas pastillas, aconsejándole que las tomara cuando se encontrase atacado por aquella semi-enfermedad.

Así trascurrieron dos años. El día 15 de agosto de 1880, después de tomar el té se sintió con un redoblamiento de tristeza que no pudieron impedir ni las delicadísimas atenciones y cariños de su esposa, ni las inocentes coquetterías y dulcísimas sonrisas de Julieta, al grado de hacer exclamar á la niña: papá, tú no eres amable conmigo, como lo es mi mamá; no me mires tan bravo porque me das miedo; siéntate y juega conmigo y te amaré igual á mi mamá Amelia. Inútiles llamamientos. Amelia y Julieta se retiraron á descansar, y Arturo, taciturno y alelado salió de su casa é inconsciente, casi maquinalmente, dirigió sus pasos hacia el río. Cuando hubo llegado á la orilla de la posa de la Sirena, se sentó en una piedra, y miró sin ver la superficie azul de la posa y escuchó sin oír la corriente del Virilla. Sonaron las doce de la noche y recordó nuestro amigo Arturo el remedio que le obsequió el Dr. Weber. Sacó una cajita de oro, tomó tres pastillas que en ella había, y las puso en su boca. Cuando había absorbido su contenido, le pareció que el agua de la posa se movía en remolinos..... Una espuma blanca cubrió los círculos móviles que formaban las ligeras ondas, y..... del fondo del río salió una hermosísima mujer desnuda, sólo cubierta la parte superior de su cuerpo con los sedosos cabellos de aquella criatura celestial. A media agua notó que se movía la cola de un pescado que hacía las veces de la parte inferior del cuerpo de la Sirena.

Lo que siguió lo copiaremos de un libro en que Arturo consignó los sucesos de aquella noche inolvidable.

“ Mis ojos se clavaron involuntariamente en los de aquella encantadora visión que tenía delante de mí. Ella me miraba con tal fijeza y había tanto amor, tanta bondad y dulzura en su expresión, que no pude articular palabra; pero me arrodillé ante ella y



alargué los brazos como implorando su compasión. Luego, con una voz cuyo metal argentino conmovió todo mi ser, me dijo:

—Arturo, tú no eres feliz porque tu alma está agitada de vehementes aspiraciones á la gloria, al poder y á la posesión de grandes riquezas con las cuales se consigue á veces lo segundo y alguna vez lo primero. Yo te otorgaré todo cuanto desees; serás inmensamente rico; tu aspecto físico será simpático, bello y gracioso; las mujeres te adorarán y los hombres te temerán y respetarán; serás el primero entre tus compatriotas, y los dominarás con tu elocuencia, tu talento práctico y tu prestigio; gozarás de perfecta salud y tu nombre será enaltecido y venerado por todas las naciones. Cuando mueras te dedicarán estatuas y altares donde te adorarán como á un semi-dios. ¿Estás contento; tienes algo más que pedirme?

—No, exclamé yo, arrobado y alelado de placer. Seré el más dichoso de los nacidos, si lo que me pidas en cambio de tantos dones, puedo yo conseguir hacerlo.

—Nada te pido en cambio, replicó la Sirena; pero nunca tendrás nada otra cosa que lo que te he ofrecido.

Al concluir estas últimas palabras se sumergió en el agua mi bondadosa Sirena y la superficie de la posa quedó tersa y tranquila como antes.

Entré á mi casa y me acosté con el corazón y la cabeza henchidos de esperanza y felicidad.

Frente á mi escritorio había un espejo en el cual, antes de desvestirme noté con placer el reflejo de mi persona. Con las mismas facciones y disposición exterior que me eran naturales, observé con sorpresa que toda mi figura y movimientos tenían una gracia y suavidad que atraían la voluntad, y arrebatában la simpatía.

Un sueño tranquilo y no interrumpido se apoderó de mi ser hasta la aurora del siguiente día.

SEGUNDA PARTE.

Al día siguiente, al despertar, sentí una ligereza de cuerpo y de espíritu anormales. Amelia y Julieta me acariciaban á porfía y me enseñaba la primera un diario de la capital en el cual se hablaba de mí en los términos más encomiosos, proponiéndome como diputado en representación de mi provincia.

En mi cuarto encontré una enorme caja de hierro, que abrí y cuyas gavetas estaban llenas de billetes de banco, de monedas de oro, y una, con piedras preciosas. Lo que más me asombraba era que aquella novedad no fuera notada por mi esposa é hija, quienes hablaban de aquellas riquezas como si siempre hubieran estado allí.

No me detendré á detallar mi vida desde que ameneció el día que siguió al encuentro de la Sirena de la posa. Fabriqué casas, semi-palacios en la ciudad, y lujosas villas en el campo. Establecí y creé industrias desconocidas en el país. Favorecí y levanté familias pobres, prestándoles capital y crédito, y al cabo de dos años se me llamaba: Arturo el benéfico, el magnífico; era el hombre apreciado y querido por las masas. Mi candidatura á la Presidencia de la República tenía todas las probabilidades de triunfar aun de la del Gobierno, por ser éste mi deador por grandes sumas, y por servicios importantes. ¿Qué faltaba para mi completa felicidad? Bienes de fortuna, ambición satisfecha, salud completa?

Era dichoso con todo esto el marido de Amelia? Si lo fué, cuanto se puede ser en este mundo, du-

rante diez y ocho meses. Al cabo de este tiempo la pequeña Julieta empezó á palidecer y á marchitarse.

En vano se agotaron los recursos que traen consigo enormes riquezas y un gran prestigio. Médicos llamados de fuera, consultas á celebridades de la ciencia médica; todo fué inútil; la preciosa y simpática niña caminaba á su fin con la sonrisa en los labios y la tristeza en el corazón.

TERCERA PARTE.

Una consunción de pecho adquirida á causa de un temblor de tierra que conmovió durante diez segundos la ciudad de San José á las tres de la madrugada, hizo perder la cabeza á Amelia y creyendo salvar á su hija de una muerte segura, la sacó de su cama en donde traspiraba abundantemente, y sólo cubierta con una sábana, la condujo á la calle, húmeda y fría esa noche, á causa de un vendabal del Sur.

¡¡ Cuanto lamentó Arturo no haber pedido á la Sirena la salud para los suyos!! Mas ya era tarde. El creyó que con mucho dinero y mucho poder, todo podría conseguirse, y se manifestó satisfecho con las promesas de la Sirena del Virilla, entre las cuales estaba la de salud para él, y nada dijo de los suyos.

El 15 de agosto de 1882 se acercaba. Julieta hacía días que sus fuerzas no la permitían abandonar el lecho. Arturo y Amelia no salían de la casa.— Sentados á la orilla de la cama de la niña, pasaban los días y las noches contemplando aquellas formas angelicales que pronto desaparecerían. Lo que tiene de más terrible esa enfermedad que diezma los países del Norte de América y Europa, es la completa conservación de las facultades intelectuales de sus víctimas. Así es que el atacado de los pulmones, ve paso á paso acercarse el momento supremo de la disolución final. Julieta con voz débil y dulcísima consolaba con piadosas mentiras á sus desventurados padres, asegurándoles que se sentía mejor y que pronto estaría buena. La víspera del 15 la adorable niña preguntó á la mamá con un gesto que más bien que sonrisa parecía una contracción producida por el dolor, con qué la festejaría en su cumpleaños que era el día siguiente. La madre no pudo contener el llanto y salió precipitadamente del cuarto, para que la enferma no lo notara. Cuando Arturo entró poco después con Amelia, Julieta movía una mano en ademán de despedida y miraba fijamente hacia la puerta. La manecita cesó de moverse y los ojos de brillar. Los besos de sus padres se posaron sólo sobre el cadáver de la que fué Julieta.

El 15 de agosto se depositaron en el panteón de esta ciudad los restos de la pobre tísica y con ellos la felicidad de Arturo y Amelia.

Muerta Julieta, la vida de Arturo y Amelia fué de continuo dolor, de profundo pesar. Ambos maldicían las riquezas y la popularidad del primero.— ¿Para qué todo eso? Las villas, los palacios, los lujosos muebles sólo recordaban la dicha pasada. Sin Julieta todo era frío, triste, sin objeto. Amelia lloraba y alternaba las lágrimas con la oración. Arturo sufría más quizá, porque su sufrimiento no tenía una válvula que lo dejara salir al exterior. Días enteros los pasaba recorriendo silenciosamente los lugares preferidos por Julieta; ó inmóvil contemplando como una estatua un punto fijo en el horizonte, ó en el estrellado cielo. Ambos preferían la habitación de la *posa de la Sirena*, sin explicarse por qué.

Un año, largo como un siglo, trascurrió para esta desgraciada pareja sin darse cuenta del tiempo;

pero con un deseo, cada día renaciente, de concluir con existencia tan dolorosa y seguir á Julieta en su desconocida morada. Y como todos los plazos se cumplen, el día 15 de agosto llegó y pasó. A las doce de la noche, se dirigió Arturo desesperado y presa de un dolor sin nombre, á la posa de la Sirena. Las lágrimas bañaban su rostro y á través de ellas vió que la agua de la posa se movía y de ella salía la misma mujer pescado, con su bello semblante siempre sereno y lleno de bondad. Pero Arturo sólo vió en aquella aparición un sér sobrenatural impotente y engañoso, puesto que no pudo ó no quiso conservar le su hija, y exclamó: ¡Seas maldita mujer ó demonio que me ofreciste la felicidad y me la vendes á cambio de la pérdida de Julieta; quitame todo lo que me has dado, recoge tus riquezas, arrebátame el prestigio y el respeto de las gentes. En cambio de la vida de mi hija te doy aun lo que tenía hace dos años. Cúbreme de enfermedades, y atráeme el desprecio de todos; pero devuélveme mi tesoro, mi Julieta!!

“Así será contestó la Sirena. Mañana serás lo que eras el 15 de agosto de 1880; pero la lección que te he dado, te será provechosa porque, por experiencia propia, conoces cuan vanos son los decantados bienes que tanto se codician. Ya no te fastidiarás, ni te afligirá la medianía de tus haberes, y ahora sí serás verdaderamente dichoso porque la felicidad sólo la pueden dar los goces del corazón. El hombre que posee bienes suficientes para no vivir en la dependencia de otra persona, tiene los elementos indispensables para ser feliz. La vida puede ser un agradable sueño para el que ama y trabaja. Hé ahí dos talismanes contra el fastidio y el dolor: amor y trabajo.”

La Sirena desapareció en el agua y Arturo se retiró á su cuarto. Durmió toda la noche y fué despertado el 16 de agosto por la alegre voz de Julieta que en compañía de Amelia traía el café á tan dormilón papá. ¿Qué tenías esta noche que has dormido tan agitado? preguntó la esposa á Arturo.—He sufrido una horrible pesadilla querida mía.—Al acostarme tomé las pastillas de *hastchiz* que me regaló el Doctor Weber y ese narcótico me ha hecho soñar cosas . . . que no quiero recordar.

En efecto, lo de la Sirena, las riquezas, el poder y la muerte de Julieta, todo era un sueño producido por el *hastchiz*. En vez de dos años, sólo había transcurrido la noche del 15 de agosto de 1880, y hoy se encontraba en la mañana del día del mismo mes y año.

Pero la impresión que á Arturo causó la segunda parte de su sueño fué tal, que nunca más aspiró á otra cosa, que á aumentar con el trabajo su pequeño capital, á cuidar y conservar los dos séres que componían su familia. Amelia bendijo el *hastchiz* que le devolvió la atención y la dicha de su marido, despojándolo de las distracciones y fastidios que una loca ambición le producían.

A pesar de estar convencido Arturo de que lo de la Sirena fué un sueño, la posa y sus alrededores le causan una impresión que cada día se debilita; pero que es intensa los días 15 de agosto.

Cuidado, pues, lector de mi alma, con las pastillas de *hastchiz* y procura sacar de esta novelita, la moralidad que en ella pudiera seros útil.

San José, noviembre de 1887.

SIRIO.

Luz y Sombra.

(A CARLOS ARTURO IMENDIA).

(Para “Costa Rica Ilustrada.”)

Oh! cuán triste, cuán triste es ver la hora
En que la luz del moribundo sol
Se aleja y nos sepulta entre las sombras,
Que vienen de él en pos.

Cómo el enfermo corazón desmaya!
Cómo se siente el corazón latir!
Cómo solloza dolorida el alma,
Cuál se siente morir!

Luces que huyen, sombras que se quedan....
Sarcasmo del Destino más atroz!
Después de la ilusión que el alma sueña,
La sombra del dolor. . . .!

Huid de mi memoria, remembranzas;
La paz del corazón ya no turbeis!
Que está ya muerta para el mundo el alma
Y el corazón también. . . .!

No conmovais las pálidas cenizas
Del más sagrado y pudibundo amor,
Que yacen de mi pecho en las ruinas,
Aquí en mi corazón!

No avasalléis mi fatigado espíritu
Con el recuerdo del perdido bien;
Que él busca del Leteo el manso río,
Donde apagar su sed.

Huid de mi memoria, sombras huecas,
El dormido dolor no recordéis;
Que está ya el alma para el mundo muerta
Y el corazón también!!

Marzo.—1887.

DANIEL HUEZO Y PAREDES.

(Salvadoreño)

LADY BYRON.

(*Fantasia.*)

No es la esposa de Lord Byron, ni su hermana, tía ó prima, ni nada en fin que tenga que ver con el lindo poeta de este siglo.—Es mejor que todo eso: es una estrofa convertida en mujer; es, como se decía de Marion Delorme, un cuarteto de carne y hueso.—Mujer poesía, en sus formas esculturales tiene la fuerza de líneas con que Shakespeare gravaba sus personajes: en sus ojos la dormida languidez de una rima becque-

riana; su acento es una nota dulce, un susurro perezoso, de ritmo melancólico, que se escapa de sus labios con languidez oriental: parece una lamentación de Byron.

Mujer que tiene innúmeros puntos de contacto con la poesía, mientras más la conozco más se encapricha mi imaginación en hallarle parecidos con la musa; pero con excepcional fantasía encuentro en la primera cualidades opuestas, bellezas de diferente orden, todas aunadas en la más adorable amalgama.

Su porte es épico.—Los cortes de las facciones, las facetas que el divino cincel hizo en ese mármol animado son atrevidas, irresistibles, de igual valentía que los tercetos del Dante inmortal; hermanas por su magistral estructura de las poderosas imágenes con que Homero eternizó sus héroes.

La boca, de sinuosidades perfectas, desvanecidas, de curvas que se pierden unas entre otras, es para mí como poesía suave, fácil, que se apodera del alma y la llena de encantadora melancolía.—Es un canto de Musset.

De sus negros ojos se desprende un efluvio lleno de languidez, de adorable perezosa. Si ella nos mira creemos sentir algo como la caricia de un niño medio dormido que nos pasa su sedosa manita por la cara. El contraste del imponente negror de la pupila con la suavidad de la mirada, es como el de los versos de Hine, llenos de frases sombrías, de estrofas que parecen escritas con sangre y de los que sin embargo brota con tal fuerza la tristeza y tienen tan amargo sabor que cuando los leemos nos da gana de llorar, pero no estrepitosamente, sino con el llanto silencioso que brota de los ojos hilo á hilo.

Notas bien diferentes tiene su voz. Cuando ríe se escucha como diminuta caja de música que al hacer vibrar sus planchas metálicas produce armónico sonido, ó bien se piensa si un canario gorgeará en su garganta. Su risa es igual á las delicadas quintillas de Gil Polo, á las seguidillas, hijas de la juguetona musa de Trueba.

Hablando español, con su dejo especial, con ese modo privativo de ella, como si las palabras no quisieran salir del perfumado nido de su boca, tiene tan melancólica armonía, tanta tristeza natural como tienen los poéticos lamentos de Leopardi.

Soy profano en el inglés. Por eso, puede ser, lo he reputado siempre como idioma áspero, poco dúctil, comercial y opo-

niendo por su estructura filológica, obstinada resistencia á producir una frase eufónica.

Lo oí hablar á Lady Byron y cambié de opinión. ¡Que suavidad! ¡que dulzura! Aquello era una nota nueva; aquello era un acento diáfano, terso, quebradizo.

Lo dije al principio. No es de raza byroniana; es pura costarricense.—La he dado aquel apellido por tres razones: Byron fué el hombre más bello de su país y ella es la muchacha más linda de mi tierra; el destiló de su pluma inolvidables poesías y ella es la misma poesía; y cuando lo habla, Lady Byron arranca las notas más dulces los más armónicos sonidos á ese idioma que formuló las lamentaciones del cantor de la Grecia.

San José, 19 de noviembre de 1887.

LITTLEFELLOW.

El músico nocturno.

(Al simpático y notable artista Fernando Luna.)

(Para "Costa Rica Ilustrada.")

I.

Era pasada la media noche, cuando salí de mi pueblo con dirección al de M.....

El camino era largo y bastante quebrado: rocas por aquí y rocas por allá, le daban un aspecto muy triste.

Animales nocturnos pasaban volando sobre mi cabeza.

Al amanecer, cuando el sol baña con su hermosa luz á la tierra, subía yo á la pequeña colina de San Antonio, desde donde se notaban bellísimos lagos y soberbios truncados.

Después de ocho horas de camino, llegué al lugar tan apetecido por mí, á la población de M.....

Consta ésta de bonitas, aunque pocas casas, escondidas entre frondosos y copudos árboles.

Sus habitantes, que ascenderán á mil, cuando más, son en extremo hospitalarios y caritativos: se les nota el gusto que sienten al hacer una buena obra.

Dedicados en su mayor parte al trabajo material, pasan su vida rodeados de felicidades: y por la tarde, cuando cesan en sus cotidianas tareas, al calor del fuego y junto con su esposa é hijos, gozan de las dulzuras del hogar doméstico.

¡Qué escenas tan patéticas presencié yo! En medio de pobre y modesta sala ví en cierta ocasión un cuadro incomparable: componíanlo, una mujer como de diez y seis años, con

un niño en brazos, fruto de un amor bendecido en los altares, y el esposo estrechando aquellos dos seres.

De pronto, al fijar en él mi vista, sentí ¿para qué negarlo? algo así como envidia.
¡Cuánta dicha, cuanta felicidad!

II.

¡Amor, amor santo, amor puro.....!
¿Quién no lo ha sentido? ¿Quién no ha amado?

¡Adorar y ser adorado, querer y ser querido.....!

Allí está todo: luz, sentimiento, poesía, inspiración.

Es una cadena interminable el amor.

Hay pasiones que como que pueden explicarse; pero no ha habido palabras con que hacerlo.

El hombre no se halla á vivir sin amor.

Entonces la vida es el infierno.

Un notabilísimo é inspirado bardo lo ha definido así, poco más ó menos:

Amor es árbol fecundo,
Germen de luz y de vida,
Es una antorcha encendida
En los abismos del mundo.

III.

Voy á referir una historieta que me fué contada en M.....hace pocos años.

En una choza existían una anciana enferma y un joven como de veinte abriles.

Habíase dedicado éste al arte más bello, á la música.

Quien dice música dice también poesía.

Juan era un consumado artista.

Un buen hijo.

Un magnífico ciudadano.

Un poeta dulce.

Un cristiano sin fanatismo.

Un adorador de su sílfide y de su profesión.

El hombre habíase rendido á los pies de una ella.

Un día, su madre se puso en estado increíble de debilidad, pero mortal.

El hijo se desespera, busca facultativos que vuelvan la vida á la que le dió el sér.

Pero la fatalidad, que lo perseguía constantemente junto con la pobreza, lo tenía señalado como á una de sus principales víctimas.

Juan tenía que sufrir el golpe más rudo: la separación de la cariñosa autora de sus días.

No desfallecía, y vanas esperanzas se apoderaban ¡infeliz de él! de su febril imaginación.

IV.

Después de luchar entre la vida y la muerte, la madre de Juan pagó su tributo á la naturaleza.....

Abundantes fueron las lágrimas que salieron de las descarnadas cuencas de sus negros ojos.

En el cementerio sepultó á su primer amor. Yo conocí aquel sitio cuando estuve en M.... La melancolía comenzó á notarse en el pálido semblante del joven músico.

Pasaba horas enteras arrancando lamentos que desgarraban el alma, á su instrumento, á su buen amigo, á su violín.

V.

Viéndose sólo, abandonado en este mundo, pensó en casarse, en cumplir con su palabra

¡Ella.....!

¡Qué nombre tan soberbio!

Encierra un poema brillantísimo.

Su hermosura mata, fascina, encanta.

Se había enamorado perdidamente de ella.

La amaba, pero con respeto, pero con veneración.

¡Luisa.....!

He allí su ilusión, su pensamiento.

La vió y la quiso.

Pasó el tiempo, y él la adoraba y ella lo quería.

El deseaba unirse en matrimonio.

Pidió á su futura y le fué concedida.

VI.

Faltaban pocos días para que se efectuara el enlace de estas almas.

Una mañana, de triste recordación, comenzó de nuevo la desgracia á visitarlo.

Sintió el artista oprimido el corazón, y no pudo comprender la causa.

Una enfermedad espantosa consumía á la novia de Juan.

La voz se ahogó en su garganta.

Por fin marchitose aquella flor.

.....
Su cuerpo fué á ocupar una fosa, cerca de la que iba á ser su suegra.

Él ya no pudo soportar tanto infortunio.

Había perdido á sus dos amores.

Murió la rosa cuando era más bella.

Juan, con el corazón herido por el dolor, entonces todavía cánticos, pero lúgubres.

Todas las tardes, al toque de oraciones, se dirigía al cementerio, y allí hacía vibrar las cuerdas de su sonoro instrumento.

Era un loco, un demente inofensivo.

Fué magnífico artista, y después.....

VII.

Desde entonces, ya no volvió á amar.

Juan, el loco, se puso extenuado.

La muerte le hincó su venenoso diente.

No faltó quien abriera una sepultura para el cadáver del artista.

Fué colocado entre su madre y su novia.
Y allí, según lo refiere la tradición, se oían
todas las noches, gemidos que aterraban.....

RAMIRO.

(Nicaragüense).

Su última carta.

He leído tu carta, ¡ Qué elegante !
Dónde tu pluma su lenguaje toma ?
Ni el más rendido y cariñoso amante
Habla tan dulce y celestial idioma !

Me pareces de aquellos trovadores
Que al pie de la calada celosía
Entonaban sus cánticos de amores
En quietas horas de la noche umbría.

Caballero gentil de otras edades
Abierto está mi corazón sincero,
Y es justo que olvidando vanidades
La dama le responda al caballero.

Me resuelvo á escribirte; tú lo quieres;
Mi estilo no tendrá tu galanura,
Pero nadie nos gana á las mujeres
En cuestiones de amor y de ternura.

No busques las palabras cadenciosas
De un lenguaje castizo y estudiado:
Las praderas del trópico dan rosas
Sin que nadie las haya cultivado.

Tú me has hecho soñar horas felices
Y tan supremo bien debo pagarte....
Son tan bellas las cosas que me dices,
Que no sé como pueda contestarte.

Que á los hombres mis gracias vuelven locos,
Que á un gran talento la belleza aduno....

¡ Gracias ! Eres galante como pocos,
Y has sido siempre amable cual ninguno,

Tu imagen de mi pecho no se aparta,
El pincel fué tu amor, mi mente el lienzo;
Para hablar de ese cuadro en esta carta....
Aquí termino el prólogo y.... comienzo.

Para guardar una ilusión querida
Como culto inmortal, grande y profundo,
Es muy breve el espacio de una vida
Que tan rápida pasa por el mundo.

¿ Crees eterno un amor todo pureza ?
¿ Juzgas eterno el fuego del cariño ?
Perdona que lo diga con franqueza:
En cuestiones de amor eres un niño.

En la lucha tenaz de las pasiones,
Poblada de insensatos devaneos,
No pueden conformar las ilusiones
A quien no satisface sus deseos.

Quiero hacerte feliz; quizá lo ignores
Que la felicidad que al hombre halaga,
Es un astro de vivos resplandores
Que al alumbrar la realidad se apaga.

Dices que te cautiva mi hermosura,
Que te queman mis ojos adormidos,
Y que buscas la miel de la ventura
Sobre mis labios rojos y encendidos.

Que como á Dios, tu corazón me adora,
Que solo anhela, de esperanza lleno,

Reclinar tu cabeza pensadora
Sobre el caliente mármol de mi seno.

Que siempre que me miras, te estremeces,
Que á todas partes, cual la luz te sigo,
Que quieres apurar hasta la heces,
El cáliz del placer, solo conmigo.

Que no envidias la gloria de los sabios,
Que á otra gloria mayor tu pecho aspira;
La de juntar tus labios con mis labios,
Pues fuera del amor todo es mentira.

Que anhelas en tu erótica locura,
Morir entre tan dulces desvaríos,
Mezclándose en la misma sepultura
El polvo de tus huesos y los míos.

Que soy sér de tu sér. ¡ Ah, yo no puedo
Crear vano el mundo que en tu sueño labras
Mi razón se oscurece, y tengo miedo
De quemarme con sólo tus palabras.

Si existen esas dichas que imaginas,
Si hay placeres así, tan celestiales,
¿ Por qué prohíben todas las doctrinas
Amarse libremente á los mortales ?

Dices que soy tu Dios. . . . ¿ Eres ateo ?
¡ Tan hondo pensamiento me constrieta !
Con el mágico prisma del deseo,
¿ Dios también desaparece de tu vista ?

Sábelo de una vez, has trastornado
Toda mi vida y mi razón entera:
Tuyo es mi corazón enamorado,
Si tuviera mil honras de las diera.

Prentendí razonar. . . . ¡ Torpes errores ! . . .
Voy á abrirte sin miedo el alma mía. . . .
Cuando encienden la hoguera los amores,
No sirve la vulgar filosofía.

Pensando en la pasión que ya me abisma
Por más que á tantas tentaciones huyo,
Hoy fui al espejo y me besé yo misma,
Haciendo el rostro de la imagen, tuyo.

Y el cristal me ha mentido de tal suerte,
De tal modo vi en él tu rostro impreso,
Que caí desmayada y quedé inerte,
Creuyendo tuyo el solitario beso.

Y cuando he vuelto á la razón me asombra
Pensar con incensato desvarío,
Que si queman los besos de una sombra,
Tus besos matarán, amado mío.

Esa terrible reflexión me aterra
Y aunque causa decirte los sonrojos,
Queriendo ser feliz sobre la tierra
Rompí el cristal para buscar tus ojos.

Ven y perdona mi entusiasmo ciego,
No importa que me des dichas ó penas;
Ven, porque para ti siento de fuego
La sangre que circula por mis venas.

Quiero ese amor en que por tí he creído,
Pues soy para soñar en los placeres,
Arabe, en cuya sangre se ha fundido
El hierro de las lanzas bereberes.

Ven; ya te espero apasionada y loca,
Busca el caliente mármol de mi seno,
Junta después tu boca con mi boca,
Y á ver si así me salvo ó me condeno.

JUAN DE DIOS PEZÀ.

CRONICA.

El sétimo sacramento se ha convertido en epidemia, pero hasta tal punto que francamente ya hoy ningún soltero tiene garantías. Estamos con el credo en la boca porque á la mejor de bastos, si nos andamos con chinitas, paff!! amanecemos casados y entonces adiós vida de soltería, adiós inapreciable libertad, adiós todos esos encantos que forman la parte viva y luminosa de la vida humana, pero que yo (lo digo en secreto) daría zahumaditos á cambio de una buena muchacha.

Este mes de noviembre va siendo atroz.—Años hace que no se ve un número tan excesivo de gente que se añuda con el lazo aquel.—Si mal no he sacado mis cuentas, entre los que ya han pasado el susto y los que están como quien dice en la agonía son diez los matrimonios. Y si no vamos á cuentas. La simpática Trinidad Flores dijo que sí y nuestro querido amigo Tranquilino Sáenz quedó convertido por obra y gracia de ese *sí* en dichoso marido. El Gobernador de Alajuela, don Maurilio Soto, desgobernado por el amor, se sometió al gobierno constitucional del dios Cupido, jurando fidelidad á la constitución matrimoñesca en la iglesia parroquial de Alajuela; y con poderes amplísimos del susodicho dios y en su representación, la regia Cecilia Cantón gobernará con la más dulce de las leyes, la del amor, al joven Gobernador. Don Víctor M. Herrán, atado con cadenas de flores y preso entre las mallas que la virtud y la belleza le han tendido, muy á su gusto con tan dulces ligaduras, se ha convertido en el eterno prisionero de quien por mil títulos es adorable tirano, Emilia Esquivel. Adelita Braun, bellísima rubia, toda inocencia y espíritu, endulzará las horas que el áspero Derecho llena de prosa, va á ser al fresco oasis en que goce de felicidad nuestro amigo Ramón Acuña. Don Pablo Wedel es de la tierra de las bellezas plácidas, románticas, de las nereidas que surgen de las azules ondas del Rhin. Una tarde (de este mes, por supuesto) se ha convertido en esposo de una costarricense, Joaquina Quirós, que posee en altísimo grado, todos los encantos de la belleza alemana. Echeverría & Castro son comisionistas de lo más activo é inteligente; pero á pesar de que su sociedad les produce mucho dinero, mil veces más envidiable será la razón social de Castro & Echeverría que van á formar la virtuosa María Aurelia y Jenaro. En esta sociedad la única moneda que circula es el amor: el capital que introducen ambos es, ella virtud y belleza, él honradez y trabajo y la ganancia neta, felicidad para ambos.—Matilde Sáenz, señorita perteneciente á uña de las más distinguidas familias es hoy esposa de don Rosendo Elías, quien dejando á España, ha encontrado por estos barrios su media naranja.—Alberto, hijo de González quie-

re contraer matrimonio con Lola también hija de González, muchacho de lo más honrado y guapo él; señorita que es toda virtud y gracia ella.—Por demás está en esta revista la anterior amonestación, pues no habrá quien ponga impedimento para que haga vida maridable tan simpática pareja.—El ilustrado Dr. Juan J. Flores se ha convencido que las de su apellido no tienen perfume y ha determinado tomarse para sí una flor encantadora, Trinidad Trejos, que siendo á la vez joven, virtuosa y bella es la solución práctica del misterio de la *trinidad*: tres cualidades distintas y un solo tesoro verdadero.—Y don Juan María Solera, acaudalado joven, es un pobre mayor de la marca si se compara su capital con el invaluable que adquiere en su futura esposa Adelita Oreamuno.

Conque ya ven ustedes, amados hermanos míos, las gracias que está haciendo don Fulano Cupido. ¡Diez matrimonios en un mes!! Debía el Gobierno dar un decreto declarando extranjero pernicioso á ese caballero, expulsarlo del territorio y poner un cordón sanitario, pero eso sí después que haya cogido mi pobre personalidad de las mechas y cegando á alguna muchachita para que no me vea tal cual soy, nos haya echado á los dos el lazo, porque á la verdad soy soltero á revienta cincha; yo me caso porque me caso, apenas halle con quien.

* * *

No he de concluir mi insípida parlería acerca del sétimo sacramento sin recordar otra vez el matrimonio de Tranquilino, como que me proporcionó un rato de bien agradable solaz. Después de la ceremonia religiosa nos dirigimos á la casa de la novia. El baile iba á principiar, y aquí me tienen Uds. en el mayor de los apuros. Me muerdo por la danza: soy furibundo bailarín y aparte mi modestia tan furibundo como malo. Falto de relaciones en la sociedad herediana (ha sido esta la primera vez que asisto á una reunión allí) me encontraba con caras nuevas, con señoritas algunas que por primera vez veía. Una que otra josefina conocida y ya abrumada de citas era mi único consuelo. Repasaba todos los semblantes, todas me gustaban, todas tan simpáticas, y decía: no, pues yo bailo con esta rubia; mejor con la morena; aquella alta es la que quiero; oh! con esta chiquitina es con la primera; total no hallaba por donde empezar. Me decidía por fin y ya iba á ofrecer mi brazo á una cuando recordaba que no había sido presentado y volvía á quedarme quieto en mi lugar, relamiéndome los bigotes y con la boca hecha agua. Por supuesto que todo esto me pasó imaginariamente, porque no bien entré cuando más de uno de mis cultos amigos heredianos se apresuró á ofrecermelo ser presentado á la señorita que yo gustase. ¡Como si los heredianos fueran gente capaz de dejarlo pasar á uno un mal rato! No me hize repetir el ofrecimiento y rato después hacía cortesías y estrechaba manos, mientras con diplomática seriedad

murmuraba "mucho gusto de conocer á U." "mande U. á un nuevo servidor" etc. etc. Una hora después estaba como entre josefinas, baila que baila, contento como unas pascuas y lleno de valiosas relaciones. ¡Qué simpática es la sociedad herediana! Qué finos ellos y que amables ellas!

Felicitas Flores, adorable morena hermana de la desposada, recitó dos bellas poesías con notable despreocupación y soltura. ¡Cuanto me gustaron la niña y los versos!

El novio y la novia son personas llenas de amabilidad, afectuosas: los dueños de casa finos y complacientes y la sociedad herediana toda cultísima y galante.

La compañía de zarzuela nos dijo adiós;— nuestro teatro ha sido cerrado.—Que duerma en paz, pero eso sí por poco tiempo. A los señores cómicos les deseamos felicidad y buena fortuna.

En este tiempo desde el barbudo pasante en derecho hasta el parvulillo de primeras letras, todos se mueven, estudian con furor, esperan, confían y temen. Hallo mucha semejanza entre los establecimientos de educación y las haciendas de café. Hay un período de calma en que los cafetales están tranquilos: apenas se nota movimiento: el hacendado no se ocupa sino de mantener limpia la hacienda, aporcar los árboles, enderezar el que se tuerce, quitar el matalpa y dejar á la naturaleza que obre. Los estudiantes son las matas de café. Mientras dura el curso, el maestro da sus lecciones, educa, cuida y espera el tiempo de la cogida. Viene esta época y aquí es la de ver. Los cafetales se llenan de bulla; tropas de muchachas bonitas y de viejas feas discurren por las húmedas callejuelas con sus canastos al hombro ó debajo del brazo; desgranán las matas y el redondo y coloradito grano va cayendo como lluvia de sangre en el delantal, del que se ha hecho una bolsa, y que una vez lleno se vacía en la canasta de donde va á la carreta que lo habrá de conducir á los patios. Todo es movimiento en esos días. El muchachillo de faldas salidas y cara sucia corre de mata en mata procurando pescar los racimos más bajos para llenar su sombrero de fieltro, grasoso, sin forros y convertido en campana: la fresca aldeana canta ó conversa con su vecina, mientras con los dedos despoja al árbol de su valioso fruto: el fornido mozo aguija con su grito la yunta que apenas puede arrastrar el pesado cajón lleno de húmedo y movédizo grano. Mucho ruido, mucho trabajo, cantos, risas, juramentos, allí donde antes había calma. Esta época la comparo á octubre y noviembre en las escuelas. Se acercan los exámenes. Los muchachos charlan de lo que se les espera: los perezosos se entretienen en comentar el futuro acontecimiento, y los aplicados, sin perder tiempo, estudian paseándose en los corredores, se levantan de madrugada, se acuestan tarde, y con ansiedad esperan la escogida. Esta es la gorda.

Las escojedoras clasifican, examinan, sepeñan: lo mismo con los muchachos: los examinadores encuentran de 1ª, de 2ª, de 3ª y brosa. El café inútil se desdena y el bueno se exparta: los desaplicados se quedan en el mismo año y los estudiosos suben un escalón.

Estamos ya en la escogida; ¡Qué tal será la cosecha!

¡Quien pudiera, Dios piadoso
Ser pollito y ser bonito!

Esto digo á cada momento. Porque soy muy desgraciado, si señor, muy desgraciado. Como ya tengo el espolón duro no me hacen caso. Orgullosas con su divinal perfume, con la sonrisa en los labios porque están en su aurora, esos botones, esos pedacitos de cielo, medio mujeres, medio ángeles, que todavía tienen luces celestiales en la mirada y destellos del mundo en los labios, más encantadoras porque son una promesa, un ensueño, una esperanza me tienen la vida cocinada. ¡Por qué viven por donde yo vivo? Cada rato las miro pasar por mi puerta con el trajecito corto, los crespos ondulantes, las mejillas rosadas, de piel suave como la del durazno que empieza á madurar. Ay! pobre de mí, Tántalo de nuevo cuño! Y para mi mayor desventura no son una ó dos: son cuatro ó cinco... que se yo cuantos son estos ángeles!

Lectores míos, os cuento esto porque como ya poco hemos de conversar quiero que sepáis mis penas, puesto que somos buenos amigos. Es el caso que parece que una hada cruel se hubiera complacido, con malicioso cuidado, en reunir en mi vecindad las pollitas más bonitas, y ¿para qué? Para que yo las vea, las admire, las quiera y cuando me mire en el espejo y registre mi fe de bautismo, diga: están verdes!

Hay una Luisa que es una chispa: viva, alegre, inteligente: una Adela que es una pluma, con ojos negros y traviosos; una María que incuestionablemente es de la madera de que se hacen las reinas; otra que se llama Lastenia, espigada, desdeñosa, bellísima, y una Ester... yo me muero por Ester. Nada más lindo que ella. De sonrosado cutis, pie pequeño, una mata de pelo partida en inúmeros crespos y una gracia celestial. Si Venus (que cuentan es mujer lindísima) viera á Ester, le habría de coger tal envidia que de cabeza se zambulliría en un convento y dejaría su trono á mi linda vecinita.

Y yo medio viejo, pobre entero y feo y medio. ¡Cuando digo que soy muy desgraciado!!

Y ahora, lectores, tengo que cumplir un encargo. Mi compañero, Leonidas Pacheco, por razones que á nadie interesan, deja temporalmente la redacción de este periódico. Me encarga os salude de su parte. Y yo, como ando siempre con él, también me las largo, ofreciéndome con toda cordialidad vuestro afectuoso servidor,

MR. RENARD.